

¿Baño de totuma o ducha de saber?

Pilar Posada

Asesora pedagógica Encuentros con la pregunta

En la Universidad de los niños buscamos algo diferente a la “ducha de saber” para quienes participan en nuestras etapas; algo que les ofrezca posibilidades distintas a las respuestas listas para consumir.



He ido a lugares donde no hay duchas. A una pequeña isla en el archipiélago de San Bernardo -en el mar Caribe-, por ejemplo, donde algunos familiares míos tienen un lugar elemental y bello para pasar unos días de vacaciones. Bañarse allí se convierte en una ceremonia donde todo lo haces tú mismo. Verificar que sí hay agua dulce en la tinaja; si no la hay debes procurártela. Echarte agua con la totuma sobre la cabeza, los hombros, el cuerpo, enjabonarte mirando el cielo, enjuagarte con cuidado con una mano mientras con la otra viertes el preciado líquido que quieres sentir, disfrutar y, claro, no desperdiciar. Para muchos este gusto puede resultar retrógrado e involucionista. Me tildarían de amante del retroceso. Para mí siempre ha significado la posibilidad de experimentar lo que hay de esencial en eso de tomar un baño.

Hay una expresión que he usado con frecuencia en sesiones de capacitación y evaluación con los talleristas de la Universidad de los niños -jóvenes de 19 a 24 años, estudiantes de EAFIT de diferentes programas académicos-: “A los niños no hay que darles una ducha de saber”, les digo. Hay que darles un baño con totuma a cielo abierto, pienso hoy.

Me explico: vivimos en un mundo con una red de “duchas” sobre nuestras cabezas. Cualquier tema está al alcance de la mano. Literal. Movemos un dedo sobre el ratón del computador y listo. Se puede acceder a cualquier información: cómo se reproducen las ballenas, qué hay en el centro de la tierra, por qué nadan los peces, cómo funciona un avión, cómo hacer galletas de mantequilla. Datos, datos, datos a granel. El tan manido *copiar-pegar* que hemos aprendido -gracias a Windows y la Internet- se ha vuelto la forma más usual de enfrentar y resolver cualquier pregunta, tarea, inquietud, duda, trabajo. O sea: abrir la ducha, recibir el chorro, secarse y ya está.

Que haya una respuesta inmediata, completa, acabada y al alcance de un clic para cualquier pregunta es sin duda un logro extraordinario para la humanidad. Para que haya tanta información, sobre tantas cosas, y accesible a tantos, la cultura humana ha tenido que producir una enorme cantidad de conocimientos, investigar lo inimaginable. No pretendo negar la maravilla que

es la red de información a la que podemos acceder. La admiro y le agradezco de veras. Me sirvo de ella, por supuesto. Pero cuando se trata de formar niños me hago estas preguntas ¿Llegar a la respuesta inmediata, venida de afuera, es lo que necesita un niño? ¿Cómo lo afecta? ¿Lo vuelve pasivo o activo? ¿Le hace sentir que puede por sí mismo ser productor de saber? ¿Alimenta su curiosidad y su dimensión creativa? ¿Cómo marca sus intereses y su deseo de saber para toda su vida? ¿Lo dispone y prepara para llegar a producir, algún día, un saber nuevo, original, inédito?

En la Universidad de los niños buscamos algo diferente a la “ducha de saber” para quienes participan en nuestras etapas; algo que les ofrezca posibilidades distintas a las respuestas listas para consumir. En grupos con pares de su misma edad, y con adultos acompañantes, invitamos a niños y jóvenes a vivir una experiencia en la que las preguntas se vuelven caminos y recorridos donde ellos realizan el trabajo: dialogan, exploran, experimentan, lanzan hipótesis, sacan conclusiones. Les ofrecemos la oportunidad de participar en experiencias donde pueden hacer las cosas por sí mismos, llegar paso a paso a vivir, y por tanto comprender algo que no conocían y, sobre todo, de formularlo con sus propias palabras y compartirlo con sus compañeros.

Algo pues que queremos se parezca al “hágalo usted mismo” del baño de totuma, en cuanto los conecta con lo esencial de la producción humana de saber: la curiosidad, la actividad, el trabajo propio y el intercambio con otros.

La Universidad de los niños entrena a sus talleristas y mentores para que guíen y acompañen a niños y jóvenes a producir un saber, no como espectadores sino como actores. Esto implica por supuesto un gran esfuerzo y mucho trabajo. Implica, casi siempre, des-

aprender la forma como fuimos educados. En nuestra cultura cuando un niño pregunta, el adulto siempre responde; al fin y al cabo es más grande, tiene más experiencia y ha acumulado más información. Implica también el diseño de dispositivos pedagógicos donde los niños puedan tener contacto directo con objetos, situaciones, materiales, lugares donde se trabaja, se investiga y se produce conocimiento. Implica diseñar experiencias activas, dinámicas, en las cuales se estimulen los sentidos, se impulse al trabajo en equipo, se aliente, reciba y valore el aporte de cada individuo del grupo. Nada de esto es fácil y todo toma más tiempo y preparación que usar un cuaderno, un tablero y un lápiz.

Pensamos pues que la función del adulto no debe ser responder sin antes haberle proporcionado al niño la posibilidad de recorrer su propio camino, recogiendo sus ideas, teniendo vivencias que le muestren aspectos relevantes del problema, permitiéndole hacer su trabajo de comprensión (experimentar, comparar, razonar, analizar, discutir, concluir). Antes de responder desde su saber de joven estudiante en formación universitaria, de profesional o experto, el adulto puede, y debe, acompañar al niño a que, junto con sus pares, haga un recorrido en el que tenga la opción de producir sus respuestas.

Esto significa entonces que el adulto se ponga al servicio del proceso del niño. Que le llene la tinaja, por decirlo de alguna manera, para que éste pueda darse un baño de totuma mirando las formas caprichosas de las nubes en el cielo. Sin duda descubrirá cosas que nosotros los grandes, acostumbrados a ver lo que siempre hemos visto, y un tanto cegatones por lo sabios que nos sentimos, no podríamos ver ■

